

MENINA
A MI PESAR

MENINA A MI PESAR

JUAN LOSTE

Durii

Dedicado a Chema Cano.
Fuente de inspiración y perseverancia.
Razón última, de que esta historia vea la luz.

Advertencia usual

Algunos de los lugares, sucesos o personajes que aparecen en el libro pueden ser recreaciones o estar inspirados en lugares concretos o en sucesos reales, pero con la libertad de tratarse de un relato de ficción fruto de la imaginación del novelista y, por tanto, no debe de inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

PRIMERA



Prólogo primero

Hubiese entregado mi alma al diablo, para conseguir convertirme en una joven esbelta y bonita. Nunca lo deseé tanto como aquella noche. Jamás me hubiera atrevido a soñar con lo que pasó después. No pude evitar que ciertos sentimientos se adueñasen de mí.

Desde entonces, os dirán que me he radicalizado; que ya no creo en fábulas, sino en fabulaciones; que se me agotó la paciencia; que además de estrábica, soy daltónica y no distingo colores; que para mí todo es blanco o negro. ¡Paparruchas! Se trata de gente envidiosa, temerosa, tal vez, de que sus secretos acaben aflorando, manchando reputaciones inmaculadas a base de lavados de cara y blanqueos de pecunios de dudosa procedencia.

Quizás me falte el talante orgulloso y despótico de la alta aristocracia. Sin embargo, de ardides y triquiñuelas ando sobrada, lo que me ha permitido sobrevivir en una pecera repleta de pirañas mimadas y hambrientas. ¡Y no ha sido fácil!

En alguno de los muchos libros que cayeron en mis manos, leí que Los Austrias mostraron afición a rodearse de enanos. Casualidad o no, nuestra humilde morada se encontraba ubicada, precisamente, en el barrio madrileño que lleva su nombre.

He tenido la suerte de vivir en un palacete. En este sentido, me considero afortunada. Aunque me viera obligada a soportar algunas chanzas o a convertirme, en ocasiones, en la bufona de la villa y corte de Madrid. La vida en el exterior se me antojaba mucho peor. En cualquier caso, no me limito a ser mera comparsa. Se me da bien escuchar, lo que me ha permitido estar al tanto de muchas cosas sin despertar sospecha. Soy una magnífica confidente. ¡Ya daré buena cuenta de ello!

A menudo me preguntaba, por qué a la gente le gustaba estar con alguien como yo. Llegué a pensar que ante mí, el resto podían divertirse con mayor libertad, cometiendo desmanes y tropelías que jamás se permitirían delante de sus iguales. Parecía no importarles que yo presenciara sus miserias. También es verdad que no me quedaba otra que aceptar sus gracias, acrecentándolas, incluso, forzando situaciones ya de por sí lastimosas. Otras veces, mi presencia servía para hacer reflexionar. ¡De alguna manera suponía un alivio no ser como yo!

En muchos sentidos, he sido una privilegiada. A la protección de los muros del palacete, se sumaba los abrazos de Tata Ramona. Su marcha y posterior ingreso en prisión, me dejaron desconcertada y triste. Sin embargo, no me atreví a preguntar directamente a mis padres. Prefería averiguar las cosas por mí misma. Quise verla. Pero me resigné a recordarla, tal y como aparecía en los álbumes familiares.

Me resulta difícil ignorar las fotografías, pues nunca me gustó ser retratada. Menos aún, de niña. De haber tenido valor suficiente, recortaría mi silueta de toda instantánea.

Francamente, hoy en día mi aspecto me la trae al pairo. Con tesón, conseguí que mi visión rebotase en los maquiavélicos ins-

trumentos de la mirada, haciendo que los espejos me devolvieran una visión más amable.



Ahora prefiero dedicar el tiempo a recopilar dimes y diretes, con los que mantener entretenido al sultán de turno. Pues me niego a ser decapitada al albur de bulos ajenos.

Aunque me haga mayor, sigo disfrutando con aquella sensación de niña. Esa excitación de desvelar secretos. Algunos de ellos, incluso, merecedores de ser contados.

¡En voz alta y desde el principio!

Historias que tienen que ver con mi propia familia…

1

Menina a mi pesar

Para bien o para mal, nací llamando la atención. Simplemente, ¡destacaba!

Aupada por portadas y cotilleos, acabé con el sobrenombre de Menina. Como le ocurriera a Mariabárbola, mi destino quedó ligado a un cuadro; un lienzo de valor incalculable convertido en tabla de salvación para una familia en vías de extinción.

Mi aspecto físico parecía una broma pesada. Pudiendo heredar el donaire caribeño de mamá o la fina estampa de caballero español de padre, salí tirando a feíta, bajita y regordeta. Era como si el azar genético se hubiera cebado conmigo, otorgándome los descartes de mis ancestros.

¡Como cuando me diagnosticaron la enfermedad de Blount!

Llevo toda la vida luchando contra ello. El anormal crecimiento de mis huesos hizo que las piernas se volteasen hacia adentro. A pesar de los correctores ortopédicos y las dosis extras de calcio y vitamina D, no quedó otra que acudir a la cirugía. Dejé que cortaran huesos, enderezaran tibias y sujetaran el conjunto con placas y tornillos. Esto recibe el nombre de osteotomía y, no os mentiré, es un procedimiento doloroso del que me estoy recuperando.

A los problemas óseos se unieron otras menudencias. Como mi diastema, ahora tan en boga. Al final he dejado de despotricar contra el hecho de que mis paletas estén ligeramente separadas. Igual que tampoco me quejo por tener un ojo más vago que la chaqueta de un guardia.

Sentirse atrapada en un cuerpo determina la forma de interaccionar. En mi caso, infiriendo juramentos y palabras malsonantes. La deformidad me empujaba a ser desafiante; quizás, algo más de lo normal.

Encerrada en mí misma, solo quería que me dejaran en paz. No sabéis cuánto aborrezco ser objeto de lástima o compasión. Llegué a sentir que, por culpa de mis imperfecciones, no recibía el amor y el afecto que merecía.

Sin ser experta en cálculo diferencial, la derivada de mi insatisfacción crónica se traducía en pequeños cortes y quemaduras para aliviar la tensión que sentía. ¡No quedaba otra! Como un tahúr, recurrí a trampas y engaños, mientras aprendía a gestionar mejor mis emociones. Empecé con trucos sencillos. Una banda elástica en la muñeca. Un lápiz rojo con la punta blanda. O a apretar de más las ortesis, mortificando la carne con una versión 2.0 del cilicio de toda la vida. Además, las cinchas compresoras resultaban más prácticas y discretas que la cadenilla con púas que porta mamá durante las seis semanas que dura la cuaresma.

Claro que me hubiera gustado ser distinta. Suscitar admiración, en vez de recelo.

Cuentan que de niña me pasaba horas leyendo. Observando a los demás. Escuchando. Sin decir nada. En mi defensa diré que me gusta estar bien informada de todo lo que acontece a mi alrededor.

De la mano de Dumas, Salgari o Julio Verne descubrí mundos increíbles. Con D'Artagnan o Philieas Fogg disfruté de realidades más allá de los límites impuestos por el cuerpo renqueante que me tocara en gracia. Confieso que, durante mi niñez, Sandokán y los suyos permitieron que pudiera lidiar mejor con las patas de palo y el parche en el ojo. «¡No es más que un viejo truco pirata!», proclamaba con orgullo ante todo aquel que osara dirigir su dedo acusador hacia el apósito visual que yo misma había customizado dibujando tibias y calaveras.

Según Tata Ramona, aquel ojo tapado facilitaba la visión nocturna. Para descubrir lo que se ocultaba en la penumbra, bastaba con cambiar el parche de lado y liberar el ojo que permanecía tapado. «¡Y arreando, que es gerundio!», como repetía Tata Ramona continuamente. Algo tan cierto como que, durante un abordaje, sea pirata, civil o penal, la lucha empieza en el exterior, pero rápidamente se traslada a lo más profundo de barcos, juzgados y prisiones. Allí, precisamente, en los interiores de los salones y despachos, es donde se libran las batallas más cruentas. Moraleja: ¡El primero en adaptarse, gana! De ahí lo de llevar parche. De ahí que en las sombras me desenvuelva como pez en el agua.

No se ajusta a verdad, sin embargo, que me falte un globo ocular. ¡No soy tuerta, ni la princesa de Éboli! Lo que sí soy es una mujer influyente en la villa y corte madrileña y, al igual que ella, me cuesta pedir perdón. No me extraña que ser feminista acabara costándole a la de Éboli el encierro a perpetuidad en su propio castillo.

Atrás quedaron los tiempos en que los piratas eran los héroes de mis sueños infantiles. Y ello a pesar de que las historias de corsarios siguen más vigentes que nunca; como el hecho de convertir villanos en señores, según convenga al mandamás de turno.

No me tiembla la voz al afirmar que hay, hubo y habrá indeseables encumbrados al poder. No hablaré de indultos, amnistías o favores turbios. Pero, como las meigas, *mais habelas hainas*.

Los Cervina, mi familia, no somos la excepción. Pero tiempo habrá de confesar.